

The book cover features a textured, aged paper background with a muted green and brown color palette. At the top, there is a faint, embossed decorative border with a repeating pattern of stylized leaves or feathers. The author's name, 'Joseph Conrad', is printed in a dark, serif font. Below it, the title 'El Cómplice Secreto' is written in a larger, bold serif font. In the lower-left quadrant, there is a faint illustration of a lantern with a flame inside, and a dark, shadowy figure is visible on the right side of the cover.

Joseph Conrad

El Cómplice
Secreto

E LEJANDRIA



Joseph Conrad

El Cómplice
Secreto

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CÓMPLICE SECRETO

JOSEPH CONRAD

PUBLICADO: 1909
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL CÓMPLICE SECRETO

I

A mi derecha había hileras de estacas de pesca que semejaban un misterioso sistema de vallas de bambú semisumergidas, incomprensible en su división del dominio de los peces tropicales, y de aspecto demencial, como si hubieran sido abandonadas para siempre por alguna tribu nómada de pescadores que ahora se hubiese marchado al otro extremo del océano; pues no había señal de habitación humana hasta donde alcanzaba la vista. A la izquierda, un grupo de islotes yermos, que sugerían ruinas de muros de piedra, torres y fortines, tenía sus cimientos asentados en un mar azul que parecía sólido, tan quieto y estable yacía bajo mis pies; incluso el rastro de luz del sol poniente brillaba suavemente, sin ese centelleo animado que delata una ondulación imperceptible. Y cuando giré la cabeza para lanzar una última mirada de despedida al remolcador que acababa de dejarnos anclados fuera de la barra, vi la línea recta de la costa plana unida al mar estable, borde con borde, con una proximidad perfecta e intacta, en un suelo nivelado mitad pardo, mitad azul bajo la enorme cúpula del cielo. Correspondiendo en su insignificancia a los islotes del mar, dos pequeños grupos de árboles,

uno a cada lado de la única falla en la impecable unión, marcaban la desembocadura del río Meinam que acabábamos de dejar en la primera etapa preparatoria de nuestro viaje de regreso; y, muy atrás en la llanura interior, una masa más grande y elevada, la arboleda que rodeaba la gran pagoda de Paknam, era lo único en lo que el ojo podía descansar de la vana tarea de explorar la monótona extensión del horizonte. Aquí y allá, destellos como de unas pocas piezas de plata esparcidas marcaban los meandros del gran río; y en el más cercano de ellos, justo dentro de la barra, el remolcador que avanzaba directo hacia tierra se perdió de mi vista, casco, chimenea y mástiles, como si la tierra impasible se lo hubiera tragado sin esfuerzo, sin un temblor. Mi ojo siguió la ligera nube de su humo, ora aquí, ora allá, sobre la llanura, según las tortuosas curvas del arroyo, pero siempre más tenue y lejana, hasta que la perdí por fin tras la colina en forma de mitra de la gran pagoda. Y entonces me quedé solo con mi barco, anclado a la entrada del Golfo de Siam.

Flotaba en el punto de partida de un largo viaje, muy quieto en una inmensa quietud, las sombras de sus palos proyectadas lejos hacia el este por el sol poniente. En ese momento estaba solo en sus cubiertas. No se oía un solo sonido en él —y a nuestro alrededor nada se movía, nada vivía, ni una canoa en el agua, ni un pájaro en el aire, ni una nube en el cielo. En esta pausa sin aliento en el umbral de una larga travesía, parecía que medíamos nuestra aptitud para una empresa larga y ardua, la tarea asignada a nuestras dos existencias que debía llevarse a cabo, lejos de toda mirada humana, con solo el cielo y el mar como espectadores y jueces.

Debía de haber algún resplandor en el aire que interfería con la vista, porque fue justo antes de que el sol nos dejara cuando mis ojos errantes distinguieron, más allá de las crestas más altas del islote principal del grupo, algo que acabó con la solemnidad de la soledad perfecta. La marea de oscuridad fluyó velozmente; y con la brusquedad tropical, un enjambre de estrellas apareció sobre la tierra sombría, mientras yo aún me demoraba, con la mano apoyada ligeramente en la barandilla de mi barco como sobre el hombro de un amigo de confianza. Pero, con toda esa multitud de cuerpos

celestes observándome desde arriba, el consuelo de la tranquila comunión con ella se había perdido para siempre. Y para entonces también había sonidos perturbadores: voces, pasos a proa; el mayordomo revoloteaba por la cubierta principal, un espíritu solícitamente servicial; una campanilla tintineó con urgencia bajo el castillo de popa...

Encontré a mis dos oficiales esperándome cerca de la mesa de la cena, en el camarote iluminado. Nos sentamos de inmediato, y mientras servía al primer oficial, dije:

—¿Se ha dado cuenta de que hay un barco anclado entre las islas? Vi los topes de sus mástiles sobre la cresta cuando se ponía el sol.

Levantó bruscamente su rostro sencillo, sobrecargado por un terrible crecimiento de patillas, y emitió su exclamación habitual:

—¡Válgame Dios, señor! ¡No me diga!

Mi segundo oficial era un joven de mejillas redondas y silencioso, grave para su edad, pensé; pero cuando nuestras miradas se encontraron, detecté un ligero temblor en sus labios. Bajé la vista de inmediato. No era mi papel alentar las burlas a bordo de mi barco. Hay que decir, también, que sabía muy poco de mis oficiales. A consecuencia de ciertos acontecimientos sin particular significación, excepto para mí, se me había nombrado al mando apenas quince días antes. Tampoco sabía mucho de la marinería de proa. Toda esa gente llevaba junta unos dieciocho meses, y mi posición era la del único extraño a bordo. Menciono esto porque tiene cierta relación con lo que sigue. Pero lo que más sentía era mi condición de extraño para el barco; y, si he de decir toda la verdad, era en cierto modo un extraño para mí mismo. Siendo el hombre más joven a bordo (exceptuando al segundo oficial), y aún sin probar en un puesto de la más plena responsabilidad, estaba dispuesto a dar por sentada la idoneidad de los demás. Simplemente tenían que estar a la altura de sus tareas; pero yo me preguntaba hasta qué punto resultaría fiel a esa concepción ideal de la propia personalidad que todo hombre se forja en secreto.

Entretanto, el primer oficial, con un efecto casi visible de colaboración por parte de sus ojos redondos y sus espantosas patillas, intentaba desarrollar una teoría sobre el barco anclado. Su rasgo dominante era tomarse todas las cosas con seria consideración. Tenía una mente concienzuda. Como solía decir, le «gustaba encontrarle una explicación» a prácticamente todo lo que se cruzaba en su camino, hasta un miserable escorpión que había encontrado en su camarote una semana antes. El porqué y el cómo de aquel escorpión —cómo llegó a bordo y por qué eligió su camarote en lugar de la despensa (que era un lugar oscuro y más del gusto de un escorpión), y cómo diablos se las arregló para ahogarse en el tintero de su escritorio— lo habían ocupado infinitamente. El barco entre las islas era mucho más fácil de explicar; y justo cuando estábamos a punto de levantarnos de la mesa, hizo su pronunciamiento. Era, no lo dudaba, un barco de la metrópoli recién llegado. Probablemente tenía demasiado calado para cruzar la barra excepto en la pleamar de las mareas vivas. Por lo tanto, se había metido en aquel puerto natural para esperar unos días, en lugar de permanecer en una rada abierta.

—Así es —confirmó el segundo oficial, de repente, con su voz ligeramente ronca—. Cala más de veinte pies. Es el *Sephora*, de Liverpool, con un cargamento de carbón. Ciento veintitrés días desde Cardiff.

Lo miramos con sorpresa.

—Me lo dijo el patrón del remolcador cuando subió a bordo a por sus cartas, señor —explicó el joven—. Espera subirlo por el río pasado mañana.

Tras abrumarnos así con la magnitud de su información, se deslizó fuera del camarote. El oficial observó con pesar que «no podía explicarse los caprichos de ese jovencito». Quería saber qué le había impedido contárnoslo todo de inmediato.

Lo detuve cuando hacía ademán de marcharse. Durante los últimos dos días, la tripulación había trabajado mucho y duro, y la

noche anterior habían dormido muy poco. Sentí dolorosamente que yo —un extraño— estaba haciendo algo inusual cuando le ordené que mandara a toda la marinería a sus literas sin establecer una guardia de ancla. Me propuse quedarme yo mismo en cubierta hasta la una o así. Haría que el segundo oficial me relevara a esa hora.

—Que despierte al cocinero y al mayordomo a las cuatro —concluí—, y luego que le avise a usted. Por supuesto, a la menor señal de cualquier tipo de viento, haremos subir a la gente y zarparemos de inmediato.

Ocultó su asombro.

—Muy bien, señor.

Fuera del camarote, asomó la cabeza por la puerta del segundo oficial para informarle de mi inaudito capricho de asumir yo mismo una guardia de ancla de cinco horas. Oí al otro levantar la voz con incredulidad.

—¿Cómo? ¿El propio capitán?

Luego, unos cuantos murmullos más, una puerta que se cerró, y después otra. Unos momentos más tarde, subí a cubierta.

Mi extrañeza, que me había mantenido insomne, había motivado aquel arreglo poco convencional, como si esperara en aquellas horas solitarias de la noche llegar a familiarizarme con el barco del que no sabía nada, tripulado por hombres de los que sabía muy poco más. Atestado junto a un muelle, desordenado como cualquier barco en puerto con un amasijo de cosas inconexas, invadido por gente de tierra ajena a él, apenas lo había visto aún como es debido. Ahora, mientras yacía despejado para la mar, la extensión de su cubierta principal me pareció muy hermosa bajo las estrellas. Muy hermosa, muy espaciosa para su tamaño, y muy acogedora. Descendí del castillo de popa y paseé por la cubierta principal, mi mente imaginando la próxima travesía a través del archipiélago malayo, bajando por el océano Índico y subiendo por el Atlántico. Todas sus fases me eran bastante familiares, cada característica, todas las alternativas que probablemente me enfrentarían en alta mar...

itodo!, excepto la nueva responsabilidad del mando. Pero me animé con el pensamiento razonable de que el barco era como otros barcos, los hombres como otros hombres, y que no era probable que el mar guardara sorpresas especiales expresamente para mi desconcierto.

Llegado a esa reconfortante conclusión, se me antojó un cigarro y bajé a buscarlo. Todo estaba en calma allá abajo. Todos en la parte de popa del barco dormían profundamente. Salí de nuevo a la toldilla, agradablemente a gusto en mi pijama en aquella noche cálida y sin aliento, descalzo, con un cigarro encendido entre los dientes y, al avanzar hacia proa, me encontré con el profundo silencio de la parte delantera del barco. Solo al pasar por la puerta del castillo de proa, oí un suspiro profundo, tranquilo y confiado de algún durmiente en el interior. Y de repente me regocijé en la gran seguridad del mar en comparación con la inquietud de la tierra, en mi elección de esa vida no tentada que no presentaba problemas perturbadores, investida de una belleza moral elemental por la absoluta franqueza de su llamada y por la singularidad de su propósito.

La luz de fondeo en la jarcia de proa ardía con una llama clara, serena, como simbólica, confiada y brillante en las misteriosas sombras de la noche. Al pasar de vuelta a popa por el otro lado del barco, observé que la escala de portalón de cabo, echada sin duda para el patrón del remolcador cuando vino a recoger nuestras cartas, no había sido izada como debería. Esto me molestó, pues la exactitud en algunos pequeños asuntos es el alma misma de la disciplina. Luego reflexioné que yo mismo había relevado perentoriamente a mis oficiales de sus deberes y, por mi propio acto, había impedido que se estableciera formalmente la guardia de ancla y que las cosas se atendieran debidamente. Me pregunté si era prudente interferir alguna vez con la rutina establecida de deberes, incluso con los motivos más amables. Mi acción podría haberme hecho parecer excéntrico. Solo Dios sabía cómo ese oficial de patillas absurdas se «explicaría» mi conducta, y qué pensaría todo el barco

de aquella informalidad de su nuevo capitán. Estaba contrariado conmigo mismo.

No por compunción, ciertamente, sino, por así decirlo, mecánicamente, procedí a recoger la escala yo mismo. Ahora bien, una escala de portalón de ese tipo es un aparejo ligero y se recoge con facilidad, sin embargo, mi vigoroso tirón, que debería haberla hecho volar a bordo, simplemente rebotó contra mi cuerpo con una sacudida totalmente inesperada. ¡Qué demonios...! Quedé tan asombrado por la inmovilidad de aquella escala que me quedé paralizado, tratando de encontrarle una explicación, como aquel imbécil de mi oficial. Al final, por supuesto, asomé la cabeza por la barandilla.

El costado del barco formaba una franja opaca de sombra sobre el oscuro y vidrioso brillo del mar. Pero vi de inmediato algo alargado y pálido flotando muy cerca de la escala. Antes de que pudiera formarme una conjetura, un débil destello de luz fosforescente, que pareció surgir de repente del cuerpo desnudo de un hombre, parpadeó en el agua dormida con el juego elusivo y silencioso de los relámpagos de verano en un cielo nocturno. Con un jadeo, vi revelarse ante mi mirada un par de pies, las piernas largas, una espalda ancha y lívida sumergida hasta el cuello en un resplandor verdoso y cadavérico. Una mano, a flor de agua, se aferraba al peldaño inferior de la escala. Estaba completo, a excepción de la cabeza. ¡Un cadáver decapitado! El cigarro se me cayó de la boca abierta con un diminuto «plop» y un breve siseo perfectamente audibles en la quietud absoluta de todas las cosas bajo el cielo. Supongo que entonces levantó el rostro, un óvalo vagamente pálido en la sombra del costado del barco. Pero incluso entonces apenas pude distinguir allá abajo la forma de su cabeza de pelo negro. Sin embargo, fue suficiente para que se desvaneciera la horrible sensación de parálisis helada que me había atenazado el pecho. El momento de las exclamaciones vanas también había pasado. Solo me subí al botalón de respeto y me incliné sobre la barandilla todo lo que pude, para acercar mis ojos a aquel misterio que flotaba al costado.

Mientras pendía de la escala, como un nadador que descansa, los relámpagos marinos jugueteaban en torno a sus miembros a cada movimiento; y aparecía en ellos fantasmal, plateado, pisciforme. Permanecía tan mudo como un pez, también. Tampoco hizo ningún movimiento para salir del agua. Era inconcebible que no intentara subir a bordo, y extrañamente preocupante sospechar que tal vez no quisiera hacerlo. Y mis primeras palabras fueron impulsadas precisamente por esa turbada incertidumbre.

—¿Qué ocurre? —pregunté en mi tono habitual, hablando hacia el rostro vuelto exactamente bajo el mío.

—Calambre —respondió, no más alto. Luego, ligeramente ansioso —: Oiga, no hace falta llamar a nadie.

—No iba a hacerlo —dije.

—¿Está solo en cubierta?

—Sí.

Tuve de algún modo la impresión de que estaba a punto de soltar la escala para alejarse nadando más allá de mi alcance, tan misterioso como había llegado. Pero, por el momento, este ser que aparecía como si hubiera surgido del fondo del mar (era ciertamente la tierra más cercana al barco) solo quería saber la hora. Se la dije. Y él, allá abajo, tentativamente:

—Supongo que su capitán se habrá acostado.

—Estoy seguro de que no —dije.

Pareció luchar consigo mismo, pues oí algo como el murmullo bajo y amargo de la duda.

—¿De qué sirve? —Sus siguientes palabras salieron con un esfuerzo vacilante—. Mire, amigo. ¿Podría llamarlo sin hacer ruido?

Pensé que había llegado el momento de darme a conocer.

—Yo soy el capitán.

Oí un «¡Por Júpiter!» susurrado al nivel del agua. La fosforescencia brilló en el remolino del agua alrededor de sus miembros, su otra mano se aferró a la escala.

—Me llamo Leggatt.

La voz era tranquila y resuelta. Una buena voz. El aplomo de aquel hombre había inducido de algún modo un estado correspondiente en mí. Fue con mucha calma que observé:

—Debe de ser usted un buen nadador.

—Sí. Llevo en el agua prácticamente desde las nueve. La cuestión para mí ahora es si debo soltar esta escala y seguir nadando hasta hundirme de agotamiento, o... subir a bordo.

Sentí que aquello no era una mera fórmula de discurso desesperado, sino una alternativa real a ojos de un alma fuerte. Debería haber deducido de esto que era joven; de hecho, solo los jóvenes se enfrentan alguna vez a disyuntivas tan claras. Pero en ese momento fue pura intuición por mi parte. Una comunicación misteriosa ya se había establecido entre nosotros dos, frente a aquel mar tropical silencioso y oscurecido. Yo también era joven; lo bastante joven como para no hacer ningún comentario. El hombre en el agua empezó de repente a subir por la escala, y yo me apresuré a alejarme de la barandilla para buscarle algo de ropa.

Antes de entrar en el camarote me detuve, escuchando en el vestíbulo al pie de la escalera. Un leve ronquido llegaba a través de la puerta cerrada del camarote del primer oficial. La puerta del segundo oficial estaba sujeta con el gancho, pero la oscuridad allí dentro era absolutamente silenciosa. Él también era joven y podía dormir como una piedra. Quedaba el mayordomo, pero no era probable que se despertara antes de que lo llamaran. Saqué un pijama de mi cuarto y, al volver a cubierta, vi al hombre desnudo del mar sentado en la escotilla principal, brillando blanco en la oscuridad, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. En un momento ocultó su cuerpo húmedo en un pijama del mismo estampado de rayas grises que el que yo llevaba y me siguió como

mi doble hasta el castillo de popa. Juntos nos movimos hacia la popa del todo, descalzos, en silencio.

—¿Qué es? —pregunté con voz ahogada, sacando la lámpara encendida de la bitácora y alzándola hacia su rostro.

—Un asunto feo.

Tenía rasgos bastante regulares; una buena boca; ojos claros bajo cejas algo espesas y oscuras; una frente lisa y cuadrada; nada de barba en las mejillas; un pequeño bigote castaño y una barbilla bien formada y redonda. Su expresión era concentrada, meditabunda, bajo la luz inspectora de la lámpara que sostenía frente a su cara; la que podría llevar un hombre que piensa intensamente en soledad. Mi pijama le quedaba perfecto. Un joven bien constituido de veinticinco años como máximo. Se mordió el labio inferior con el borde de sus dientes blancos y uniformes.

—Sí —dije, volviendo a colocar la lámpara en la bitácora. La noche tropical, cálida y pesada, se cerró de nuevo sobre su cabeza.

—Hay un barco por allí —murmuró.

—Sí, lo sé. El *Sephora*. ¿Sabía de nuestra existencia?

—No tenía la menor idea. Soy el oficial de ese barco... —Hizo una pausa y se corrigió—. Debería decir que lo era.

—¡Ajá! ¿Algo va mal?

—Sí. Muy mal, de hecho. He matado a un hombre.

—¿Qué quiere decir? ¿Ahora mismo?

—No, durante la travesía. Hace semanas. Treinta y nueve grados sur. Cuando digo un hombre...

—Un arretrato de cólera —sugerí, con confianza.

La cabeza sombría y oscura, como la mía, pareció asentir imperceptiblemente sobre el gris fantasmal de mi pijama. Era, en la noche, como si me hubiese enfrentado a mi propio reflejo en las profundidades de un espejo sombrío e inmenso.

—Una bonita cosa para tener que confesar para un chico del *Conway* —murmuró mi doble, claramente.

—¿Es usted un chico del *Conway*?

—Lo soy —dijo, como sobresaltado. Luego, lentamente...—: Quizá usted también...

Así era; pero siendo un par de años mayor, yo lo había dejado antes de que él ingresara. Tras un rápido intercambio de fechas, se hizo el silencio; y de repente pensé en mi absurdo oficial con sus tremendas patillas y su tipo de intelecto de «¡Válgame Dios, no me diga!». Mi doble me dio una idea de sus pensamientos al decir:

—Mi padre es párroco en Norfolk. ¿Me ve ante un juez y un jurado por esa acusación? Yo, por mi parte, no veo la necesidad. Hay tipos a los que un ángel del cielo... Y yo no lo soy. Él era una de esas criaturas que están siempre bullendo con una especie de maldad estúpida. Diablos miserables que no tienen ningún derecho a vivir. No cumplía con su deber y no dejaba que nadie más cumpliera con el suyo. ¡Pero de qué sirve hablar! Usted conoce de sobra el tipo de perro malhumorado y gruñón...

Apeló a mí como si nuestras experiencias hubieran sido tan idénticas como nuestras ropas. Y yo conocía de sobra el peligro pestífero de un carácter así donde no hay medios de represión legal. Y también sabía de sobra que mi doble allí presente no era un rufián homicida. No se me ocurrió pedirle detalles, y él me contó la historia a grandes rasgos en frases bruscas e inconexas. No necesitaba más. Lo vi todo suceder como si yo mismo estuviera dentro de ese otro pijama.

—Ocurrió mientras tomábamos un rizo al trinquete, al anochecer. ¡Trinquete con rizos! Comprenderá el tipo de tiempo que hacía. La única vela que nos quedaba para mantener el barco en marcha; así que puede imaginar cómo habían sido los días. Un trabajo de esos que te ponen nervioso. Me soltó una de sus malditas insolencias en la escota. Le digo que estaba agotado por ese tiempo terrible que parecía no tener fin. Terrible, le digo... y un barco muy cargado. Creo

que el tipo mismo estaba medio loco de pánico. No era momento para reprimendas caballerosas, así que me di la vuelta y lo derribé como a un buey. Él se levantó y vino a por mí. Nos agarramos justo cuando un mar espantoso se abalanzaba sobre el barco. Toda la marinería lo vio venir y se subió a la jarcia, pero yo lo tenía agarrado por el cuello y seguí sacudiéndolo como a una rata, mientras los hombres encima de nosotros gritaban: «¡Cuidado! ¡Cuidado!».

Luego un estruendo como si el cielo se hubiera desplomado sobre mi cabeza. Dicen que durante más de diez minutos apenas se veía nada del barco, solo los tres mástiles y un trozo del castillo de proa y de la popa, todo anegado, avanzando en un mar de espuma. Fue un milagro que nos encontraran, encajados juntos detrás de las bitas de proa. Está claro que iba en serio, porque todavía lo tenía agarrado por el cuello cuando nos recogieron. Tenía la cara negra. Fue demasiado para ellos. Parece que nos llevaron a popa juntos, agarrados como estábamos, gritando «¡Asesinato!» como un montón de lunáticos, e irrumpieron en el camarote. Y el barco luchando por su vida, en un tris todo el tiempo, cualquier minuto su último en un mar que encanecía el pelo solo de mirarlo. Entiendo que el patrón también empezó a desvariar como el resto de ellos. El hombre llevaba más de una semana sin dormir, y que le soltaran esto en pleno temporal furioso casi lo volvió loco. Me extraña que no me arrojaran por la borda después de quitarme de los dedos el cadáver de su preciado compañero. Me han dicho que les costó bastante separarnos. Una historia lo suficientemente feroz como para hacer que un viejo juez y un respetable jurado se incorporen un poco. Lo primero que oí cuando volví en mí fue el aullido enloquecedor de aquel vendaval interminable, y sobre él la voz del viejo. Estaba agarrado a mi litera, mirándome a la cara desde su chubasquero.

»—Señor Leggatt, ha matado usted a un hombre. Ya no puede actuar como primer oficial de este barco.

Su cuidado por someter la voz la hacía sonar monótona. Apoyó una mano en el extremo de la claraboya para estabilizarse, y en todo ese tiempo no movió un miembro, por lo que pude ver.

—Bonita historieta para una tranquila merienda —concluyó en el mismo tono.

Una de mis manos también descansaba en el extremo de la claraboya; tampoco yo moví un miembro, que yo supiera. Estábamos a menos de un pie el uno del otro. Se me ocurrió que si el viejo «¡Válgame Dios, no me diga!» asomara la cabeza por la escotilla y nos viera, creería estar viendo doble, o se imaginaría haber llegado a una escena de extraña brujería; el extraño capitán manteniendo una tranquila confabulación junto al timón con su propio fantasma gris. Me preocupé mucho por evitar algo así. Oí el susurro tranquilizador del otro.

—Mi padre es párroco en Norfolk —dijo. Evidentemente, había olvidado que ya me había contado este importante hecho. Verdaderamente una bonita historieta.

—Será mejor que baje ahora a mi camarote —dije, apartándome sigilosamente. Mi doble siguió mis movimientos; nuestros pies descalzos no hacían ruido; lo dejé entrar, cerré la puerta con cuidado y, después de llamar al segundo oficial, volví a cubierta para mi relevo.

—No hay muchas señales de viento todavía —observé cuando se acercó.

—No, señor. No muchas —asintió, somnoliento, con su voz ronca, con la deferencia justa, ni más ni menos, y reprimiendo a duras penas un bostezo.

—Bueno, eso es todo de lo que tiene que estar pendiente. Ya tiene sus órdenes.

—Sí, señor.

Di una o dos vueltas por el castillo de popa y lo vi tomar su posición mirando a proa con el codo en los flechastes del aparejo de mesana antes de bajar. Los leves ronquidos del oficial seguían sonando pacíficamente. La lámpara del camarote ardía sobre la mesa en la que había un jarrón con flores, una cortés atención del

proveedor del barco; las últimas flores que veríamos en los próximos tres meses como mínimo. Dos racimos de plátanos colgaban de la viga simétricamente, uno a cada lado de la caja del timón. Todo estaba como antes en el barco, excepto que dos de los pijamas de su capitán estaban en uso simultáneamente, uno inmóvil en el camarote, el otro muy quieto en el camarote del capitán.

Debe explicarse aquí que mi camarote tenía la forma de una letra L mayúscula, estando la puerta en el ángulo y abriéndose a la parte corta de la letra. Un diván estaba a la izquierda, la litera a la derecha; mi escritorio y la mesa de los cronómetros daban a la puerta. Pero cualquiera que la abriera, a menos que entrara del todo, no tenía vista de lo que llamo la parte larga (o vertical) de la letra. Contenía algunos armarios coronados por una estantería; y algunas ropas, una o dos chaquetas gruesas, gorras, un chubasquero y cosas por el estilo, colgaban de ganchos. Al fondo de esa parte había una puerta que daba a mi cuarto de baño, al que también se podía entrar directamente desde el salón. Pero ese camino nunca se usaba.

El misterioso recién llegado había descubierto la ventaja de esta forma particular. Al entrar en mi cuarto, fuertemente iluminado por una gran lámpara de mamparo suspendida en balancines sobre mi escritorio, no lo vi en ninguna parte hasta que salió silenciosamente de detrás de los abrigo colgados en la parte retranqueada.

—Oí a alguien moverse y entré ahí de inmediato —susurró.

Yo también hablé en voz baja.

—No es probable que nadie entre aquí sin llamar y pedir permiso.

Él asintió. Su rostro estaba delgado y el bronceado desvaído, como si hubiera estado enfermo. Y no era de extrañar. Había estado, según oí poco después, bajo arresto en su camarote durante casi siete semanas. Pero no había nada enfermizo en sus ojos ni en su expresión. En realidad, no se parecía en nada a mí; sin embargo, mientras estábamos de pie, inclinados sobre mi litera, susurrando uno al lado del otro, con nuestras cabezas oscuras juntas y de

espaldas a la puerta, cualquiera lo suficientemente audaz como para abrirla sigilosamente se habría encontrado con la extraña visión de un capitán doble ocupado hablando en susurros con su otro yo.

—Pero todo esto no me dice cómo llegó a colgarse de nuestra escala de portalón —inquirí, en los murmullos apenas audibles que usábamos, después de que me hubiera contado algo más de lo ocurrido a bordo del *Sephora* una vez pasado el mal tiempo.

—Cuando avistamos Java Head ya había tenido tiempo de pensar en todos esos asuntos varias veces. Tuve seis semanas sin hacer otra cosa, y con solo una hora más o menos cada tarde para dar un paseo por la toldilla.

Susurró, con los brazos cruzados sobre el borde de mi litera, mirando a través del portillo abierto. Y pude imaginar perfectamente la manera de este cavilar: una operación obstinada, si no constante; algo de lo que yo habría sido perfectamente incapaz.

—Calculé que oscurecería antes de que nos acercáramos a tierra —continuó, tan bajo que tuve que aguzar el oído a pesar de lo cerca que estábamos el uno del otro, hombro con hombro casi—. Así que pedí hablar con el viejo. Siempre parecía muy indispuerto cuando venía a verme, como si no pudiera mirarme a la cara. Sabe, ese trinquete salvó el barco. Estaba demasiado cargado para haber navegado mucho a palo seco. Y fui yo quien se las arregló para izarlo por él. En fin, vino. Cuando lo tuve en mi camarote —se quedó junto a la puerta mirándome como si ya tuviera la soga al cuello— le pedí sin más que dejara la puerta de mi camarote sin cerrar por la noche mientras el barco atravesaba el estrecho de la Sonda. Estaría la costa de Java a dos o tres millas, frente a Angier Point. No quería nada más. Gané un premio de natación en mi segundo año en el *Conway*.

—Lo creo —exhalé.

—Solo Dios sabe por qué me encerraban todas las noches. Al ver algunas de sus caras, habrías pensado que tenían miedo de que fuera por la noche estrangulando gente. ¿Soy yo una bestia asesina?

¿Lo parezco? ¡Por Júpiter! Si lo fuera, no se habría fiado de mí así en mi camarote. Dirá usted que podría haberlo apartado de un empujón y haber salido corriendo, en ese mismo momento; ya estaba oscuro. Pues no. Y por la misma razón no se me ocurriría intentar romper la puerta. Habría habido una avalancha para detenerme con el ruido, y no pretendía meterme en una maldita refriega. Alguien más podría haber muerto, porque no habría salido a la fuerza solo para que me devolvieran a empujones, y no quería más de ese trabajo. Se negó, con peor cara que nunca. Tenía miedo de los hombres, y también de ese viejo segundo oficial suyo que había estado navegando con él durante años —un viejo farsante de cabeza cana—; y su mayordomo también había estado con él sabe Dios cuánto tiempo —diecisiete años o más—, un holgazán dogmático que me odiaba como a veneno, solo porque yo era el primer oficial. Ningún primer oficial hizo nunca más de un viaje en el *Sephora*, sabe. Esos dos viejos manejaban el barco. Solo el diablo sabe de qué no tenía miedo el patrón (todos sus nervios se hicieron pedazos por completo en aquel infernal período de mal tiempo que tuvimos), de lo que la ley le haría, de su esposa, tal vez. ¡Ah, sí! ella está a bordo. Aunque no creo que se hubiera metido. Habría estado más que contenta de tenerme fuera del barco de cualquier manera. El asunto de la «marca de Caín», ¿entiende? Todo está bien. Estaba bastante dispuesto a irme a vagar por la faz de la tierra, y ese era un precio suficiente que pagar por un Abel de esa calaña. De todos modos, no quiso escucharme. «Esto debe seguir su curso. Yo represento la ley aquí». Temblaba como una hoja. «¿Así que no quiere?». «¡No!». «Entonces espero que pueda dormir con eso», le dije, y le di la espalda. «Me pregunto cómo puede usted», grita, y cierra la puerta con llave.

»Bueno, después de eso, no pude. No muy bien. Eso fue hace tres semanas. Hemos tenido una travesía lenta por el mar de Java; a la deriva cerca de Carimata durante diez días. Cuando anclamos aquí, supusieron, creo, que todo estaba bien. La tierra más cercana (y eso está a cinco millas) es el destino del barco; el cónsul pronto se pondría a atraparme; y no habría tenido objeto aferrarse a esos

islotes de allí. No supongo que haya una gota de agua en ellos. No sé cómo fue, pero esta noche ese mayordomo, después de traerme la cena, salió para dejarme comer, y dejó la puerta sin cerrar. Y me la comí, todo lo que había, además. Después de terminar, salí a dar un paseo por la toldilla. No sé si tenía intención de hacer algo. Un soplo de aire fresco era todo lo que quería, creo. Entonces me sobrevino una tentación repentina. Me quité las zapatillas de un puntapié y estaba en el agua antes de haberme decidido del todo. Alguien oyó el chapoteo y armaron un alboroto terrible. «¡Se ha ido! ¡Arrien los botes! ¡Se ha suicidado! No, está nadando!». Ciertamente estaba nadando. No es tan fácil para un nadador como yo suicidarse ahogándose. Llegué al islote más cercano antes de que el bote se separara del costado del barco. Los oí remar en la oscuridad, llamando a voces, y demás, pero al cabo de un rato se rindieron. Todo se calmó y el fondeadero quedó silencioso como la muerte. Me senté en una piedra y empecé a pensar. Estaba seguro de que empezarían a buscarme al amanecer. No había lugar donde esconderse en esas cosas pedregosas, y si lo hubiera habido, ¿de qué habría servido? Pero ahora que estaba libre de ese barco, no iba a volver. Así que, después de un rato, me quité toda la ropa, la até en un fardo con una piedra dentro y la dejé caer en las aguas profundas del lado exterior de ese islote. Eso fue suicidio suficiente para mí. Que pensaran lo que quisieran, pero no tenía intención de ahogarme. Tenía la intención de nadar hasta hundirme, pero eso no es lo mismo. Me dirigí a nado hacia otra de estas pequeñas islas, y fue desde esa desde la que vi por primera vez su luz de fondeo. Algo por lo que nadar. Continué con facilidad, y en el camino me encontré con una roca plana a uno o dos pies sobre el agua. De día, me atrevo a decir, se podría distinguir con un catalejo desde su castillo de popa. Trepé a ella y descansé un poco. Luego emprendí otra vez la marcha. Ese último tramo debió de ser de más de una milla.

Su susurro se hacía cada vez más débil, y todo el tiempo miraba fijamente a través del portillo, en el que no se veía ni una estrella. No lo había interrumpido. Había algo que hacía imposible el comentario en su narración, o quizás en él mismo; una especie de

sentimiento, una cualidad, para la que no encuentro nombre. Y cuando cesó, todo lo que encontré fue un fútil susurro: —¿Así que nadó hacia nuestra luz?

—Sí, directamente hacia ella. Era algo por lo que nadar. No podía ver ninguna estrella baja porque la costa estaba en medio, y tampoco podía ver la tierra. El agua estaba como un espejo. Uno podría haber estado nadando en una maldita cisterna de mil pies de profundidad sin ningún lugar por donde salir; pero lo que no me gustaba era la idea de nadar en círculos como un novillo enloquecido antes de rendirme; y como no tenía intención de volver... No. ¿Me ve siendo arrastrado de vuelta, completamente desnudo, desde una de estas pequeñas islas, agarrado por el pescuezo y luchando como una fiera? Alguien habría muerto con toda seguridad, y no quería nada de eso. Así que continué. Entonces su escala...

—¿Por qué no llamó al barco? —pregunté, un poco más alto.

Me tocó ligeramente el hombro. Unos pasos perezosos pasaron justo por encima de nuestras cabezas y se detuvieron. El segundo oficial había cruzado desde el otro lado del castillo de popa y podría haber estado inclinado sobre la barandilla por lo que sabíamos.

—No podría oírnos hablar, ¿verdad? —Mi doble respiró en mi mismo oído, ansiosamente.

Su ansiedad era una respuesta, una respuesta suficiente, a la pregunta que le había hecho. Una respuesta que contenía toda la dificultad de esa situación. Cerré el portillo silenciosamente, para asegurarme. Una palabra más alta podría haber sido oída.

—¿Quién es? —susurró entonces.

—Mi segundo oficial. Pero no sé mucho más de ese tipo que usted.

Y le conté un poco sobre mí. Me habían nombrado para hacerme cargo cuando menos esperaba algo así, hacía apenas quince días. No conocía ni el barco ni a la gente. No había tenido tiempo en el puerto para mirar a mi alrededor o calibrar a nadie. Y en cuanto a la

tripulación, todo lo que sabían era que me habían nombrado para llevar el barco a casa. Por lo demás, yo era casi tan extraño a bordo como él mismo, dije. Y en ese momento lo sentí más agudamente. Sentí que muy poco bastaría para convertirme en una persona sospechosa a los ojos de la compañía del barco.

Entretanto, se había dado la vuelta; y nosotros, los dos extraños en el barco, nos enfrentamos en actitudes idénticas.

—Su escala... —murmuró, tras un silencio—. ¡Quién hubiera pensado encontrar una escala colgando por la noche en un barco anclado aquí fuera! Justo entonces sentí un desmayo muy desagradable. Después de la vida que he llevado durante nueve semanas, cualquiera se habría puesto fuera de forma. No era capaz de nadar hasta las cadenas de su timón. Y, ¡he aquí!, había una escala de la que agarrarse. Después de aferrarla me dije: «¿De qué sirve?». Cuando vi la cabeza de un hombre mirando por encima pensé que me alejaría nadando enseguida y lo dejaría gritando, en el idioma que fuera. No me importaba que me miraran. Me... me gustó. Y luego usted, hablándome tan tranquilamente, como si me hubiera esperado, me hizo aguantar un poco más. Había sido un tiempo condenadamente solitario, no me refiero a mientras nadaba. Me alegré de hablar un poco con alguien que no pertenecía al *Sephora*. En cuanto a preguntar por el capitán, fue un mero impulso. No habría servido de nada, con todo el barco sabiéndolo todo sobre mí y la otra gente con toda probabilidad rondando por aquí por la mañana. No sé... quería ser visto, hablar con alguien, antes de continuar. No sé qué habría dicho... «Bonita noche, ¿verdad?» o algo por el estilo.

—¿Cree que rondarán por aquí pronto? —pregunté con cierta incredulidad.

—Es bastante probable —dijo, débilmente.

De repente pareció extremadamente demacrado. Su cabeza se balanceó sobre sus hombros.

—Hum. Ya veremos entonces. Mientras tanto, métase en esa cama —susurré—. ¿Necesita ayuda? Ahí tiene.

Era una litera bastante alta con una cajonera debajo. Este asombroso nadador realmente necesitaba el empujón que le di agarrándole la pierna. Se metió de un tumbo, rodó sobre su espalda y se echó un brazo sobre los ojos. Y entonces, con el rostro casi oculto, debía de tener exactamente el mismo aspecto que yo solía tener en esa cama. Contemplé a mi otro yo durante un rato antes de correr con cuidado las dos cortinas de sarga verde que se deslizaban por una barra de latón. Pensé por un momento en unir las con un alfiler para mayor seguridad, pero me senté en el diván, y una vez allí me sentí reacio a levantarme y buscar un alfiler. Lo haría en un momento. Estaba extremadamente cansado, de una manera peculiarmente íntima, por la tensión del sigilo, por el esfuerzo de susurrar y el secreto general de esta excitación. Eran las tres ya y llevaba de pie desde las nueve, pero no tenía sueño; no podría haberme dormido. Me quedé allí sentado, agotado, mirando las cortinas, tratando de despejar mi mente de la confusa sensación de estar en dos lugares a la vez, y muy molesto por un exasperante golpeteo en mi cabeza. Fue un alivio descubrir de repente que no estaba en mi cabeza en absoluto, sino en el exterior de la puerta. Antes de que pudiera reponerme, las palabras «Adelante» salieron de mi boca, y el mayordomo entró con una bandeja, trayendo mi café matutino. Había dormido, después de todo, y estaba tan asustado que grité: «¡Por aquí! Estoy aquí, mayordomo», como si hubiera estado a millas de distancia. Dejó la bandeja sobre la mesa junto al diván y solo entonces dijo, muy quedo: «Ya veo que está aquí, señor». Sentí que me lanzaba una mirada penetrante, pero no me atreví a encontrar sus ojos en ese momento. Debió de preguntarse por qué había corrido las cortinas de mi cama antes de dormirme en el diván. Salió, dejando la puerta abierta con el gancho como de costumbre.

Oí a la tripulación baldeando las cubiertas sobre mí. Sabía que me habrían avisado de inmediato si hubiera habido viento. Calma, pensé, y me sentí doblemente contrariado. De hecho, me sentía dual

más que nunca. El mayordomo reapareció de repente en el umbral. Salté del diván tan rápido que él dio un respingo.

—¿Qué quiere aquí?

—Cierre su portillo, señor... están baldeando las cubiertas.

—Está cerrado —dije, enrojeciendo.

—Muy bien, señor. —Pero no se movió del umbral y me devolvió la mirada de una manera extraordinaria y equívoca durante un rato. Luego sus ojos vacilaron, toda su expresión cambió, y con una voz inusualmente suave, casi suplicante:

—¿Puedo entrar a llevarme la taza vacía, señor?

—¡Por supuesto! —Le di la espalda mientras entraba y salía como una exhalación. Luego quité el gancho, cerré la puerta e incluso eché el cerrojo. Este tipo de cosas no podían durar mucho. El camarote estaba además tan caliente como un horno. Eché un vistazo a mi doble y descubrí que no se había movido, su brazo seguía sobre sus ojos; pero su pecho subía y bajaba; su pelo estaba húmedo; su barbilla brillaba de sudor. Me incliné sobre él y abrí el portillo.

«Debo mostrarme en cubierta», reflexioné.

Por supuesto, teóricamente, podía hacer lo que quisiera, sin que nadie me dijera que no en todo el círculo del horizonte; pero cerrar con llave la puerta de mi camarote y llevarme la llave no me atreví. En cuanto asomé la cabeza por la escotilla vi al grupo de mis dos oficiales, el segundo oficial descalzo, el primer oficial con largas botas de goma, cerca del quiebre del castillo de popa, y al mayordomo a medio camino de la escala de popa hablando con ellos con avidez. Acertó a verme y se zambulló, el segundo corrió a la cubierta principal gritando alguna orden, y el primer oficial vino a mi encuentro, tocándose la gorra.

Había una especie de curiosidad en su mirada que no me gustó. No sé si el mayordomo les había dicho que yo estaba «raro» solamente, o completamente borracho, pero sé que el hombre tenía

la intención de observarme bien. Lo vi venir con una sonrisa que, cuando se puso a tiro, surtió efecto y le heló hasta las patillas. No le di tiempo a abrir la boca.

—Ponga las vergas en cruz con amantillos y brazas antes de que la marinería vaya a desayunar.

Fue la primera orden particular que había dado a bordo de ese barco; y me quedé en cubierta para verla ejecutada, también. Había sentido la necesidad de reafirmarme sin pérdida de tiempo. Aquel joven cachorro burlón recibió un rapapolvo en esa ocasión, y también aproveché la oportunidad para observar bien el rostro de cada marinero de proa mientras desfilaban ante mí para ir a las brazas de popa. A la hora del desayuno, sin comer nada yo mismo, presidí con tal frígida dignidad que los dos oficiales estuvieron más que contentos de escapar del camarote tan pronto como el decoro lo permitió; y todo el tiempo el funcionamiento dual de mi mente me distraía casi hasta el punto de la locura. Me observaba constantemente a mí mismo, a mi yo secreto, tan dependiente de mis acciones como mi propia personalidad, durmiendo en esa cama, detrás de esa puerta que tenía enfrente mientras me sentaba a la cabecera de la mesa. Era muy parecido a estar loco, solo que era peor porque uno era consciente de ello.

Tuve que sacudirlo durante un minuto entero, pero cuando al fin abrió los ojos fue en plena posesión de sus sentidos, con una mirada interrogante.

—Todo bien hasta ahora —susurré—. Ahora debes desaparecer en el cuarto de baño.

Lo hizo, tan silencioso como un fantasma, y entonces llamé al mayordomo y, enfrentándolo con audacia, le ordené que arreglara mi camarote mientras me bañaba... «y que se diera prisa». Como mi tono no admitía excusas, dijo: «Sí, señor», y corrió a buscar su recogedor y sus cepillos. Me di un baño e hice la mayor parte de mi aseo, chapoteando y silbando suavemente para edificación del mayordomo, mientras el cómplice secreto de mi vida permanecía

erguido como un poste en aquel pequeño espacio, su rostro muy hundido a la luz del día, sus párpados bajos bajo la línea severa y oscura de sus cejas fruncidas por un ligero ceño.

Cuando lo dejé allí para volver a mi cuarto, el mayordomo estaba terminando de quitar el polvo. Mandé llamar al oficial y lo entretuve con una conversación insignificante. Era, por así decirlo, jugar con el carácter terrible de sus patillas; pero mi objetivo era darle la oportunidad de echar un buen vistazo a mi camarote. Y entonces pude por fin cerrar, con la conciencia tranquila, la puerta de mi camarote y hacer que mi doble volviera a la parte retranqueada. No había otra opción. Tenía que sentarse quieto en un pequeño taburete plegable, medio asfixiado por los pesados abrigos que colgaban allí. Escuchamos al mayordomo entrar en el cuarto de baño desde el salón, llenar las botellas de agua allí, fregar la bañera, poner las cosas en orden, zas, pum, estrépito... de nuevo al salón... girar la llave... clic. Tal era mi plan para mantener invisible a mi segundo yo. Nada mejor podía ingeniarse en aquellas circunstancias. Y allí nos sentamos; yo en mi escritorio, listo para aparentar estar ocupado con algunos papeles, él detrás de mí, fuera de la vista de la puerta. No habría sido prudente hablar de día; y no podría haber soportado la excitación de esa extraña sensación de susurrarme a mí mismo. De vez en cuando, mirando por encima del hombro, lo veía allá al fondo, sentado rígidamente en el taburete bajo, con los pies descalzos juntos, los brazos cruzados, la cabeza caída sobre el pecho... y perfectamente quieto. Cualquiera lo habría tomado por mí.

Yo mismo estaba fascinado por ello. A cada momento tenía que mirar por encima del hombro. Lo estaba mirando cuando una voz fuera de la puerta dijo:

—Con su permiso, señor.

—¡Bien!... —Mantuve los ojos en él, y así, cuando la voz fuera de la puerta anunció: «Un bote de un barco viene hacia nosotros, señor», lo vi dar un respingo, el primer movimiento que había hecho en horas. Pero no levantó su cabeza inclinada.

—De acuerdo. Eche la escala.

Dudé. ¿Debería susurrarle algo? ¿Pero qué? Su inmovilidad parecía no haber sido perturbada nunca. ¿Qué podría decirle que no supiera ya?... Finalmente, subí a cubierta.

II

El patrón del *Sephora* tenía una fina barba rojiza que le rodeaba toda la cara, y el tipo de tez que acompaña al pelo de ese color; también el particular tono azulado y algo borroso de los ojos. No era exactamente una figura llamativa; sus hombros eran altos, su estatura apenas mediana, una pierna ligeramente más arqueada que la otra. Me estrechó la mano, mirando vagamente a su alrededor. Una tenacidad desganada era su principal característica, a mi juicio. Me comporté con una cortesía que pareció desconcertarlo. Quizás era tímido. Me balbuceó como si se avergonzara de lo que estaba diciendo; me dio su nombre (era algo así como Archbold, pero a esta distancia de años apenas estoy seguro), el nombre de su barco y algunos otros detalles de ese tipo, a la manera de un criminal que hace una confesión renuente y lúgubre. Había tenido un tiempo terrible en la travesía de ida —terrible, terrible—, y con su mujer a bordo, además.

Para entonces ya estábamos sentados en el camarote y el mayordomo trajo una bandeja con una botella y vasos. «¡Gracias! No». Nunca bebía alcohol. Aunque tomaría un poco de agua. Se bebió dos vasos llenos. Un trabajo que daba una sed terrible. Desde el amanecer había estado explorando las islas alrededor de su barco.

—¿Para qué era eso... por diversión? —pregunté, con apariencia de educado interés.

—¡No! —Suspiró—. Un deber penoso.

Como persistía en su murmullo y yo quería que mi doble oyera cada palabra, se me ocurrió la idea de informarle de que, lamentablemente, era duro de oído.

—¡Y un hombre tan joven! —asintió, manteniendo sus ojos azules y borrosos, carentes de inteligencia, fijos en mí—. ¿Cuál fue la causa... alguna enfermedad? —inquirió, sin la menor simpatía y como si pensara que, de ser así, no había recibido más de lo que merecía.

—Sí; una enfermedad —admití en un tono alegre que pareció escandalizarlo. Pero mi objetivo se logró, porque tuvo que levantar la voz para contarme su historia. No vale la pena registrar su versión. Habían pasado poco más de dos meses desde que todo aquello había sucedido, y había pensado tanto en ello que parecía completamente confundido en cuanto a sus implicaciones, pero seguía inmensamente impresionado.

—¿Qué pensaría de que algo así sucediera a bordo de su propio barco? Llevo quince años con el *Sephora*. Soy un capitán de barco muy conocido.

Estaba densamente afligido, y quizás me habría compadecido de él si hubiera sido capaz de separar mi visión mental del insospechado cómplice de mi camarote, como si fuera mi segundo yo. Allí estaba, al otro lado del mamparo, a cuatro o cinco pies de nosotros, no más, mientras estábamos sentados en el salón. Miré cortésmente al capitán Archbold (si ese era su nombre), pero era al otro a quien veía, con un pijama gris, sentado en un taburete bajo, con los pies descalzos juntos, los brazos cruzados, y cada palabra dicha entre nosotros cayendo en los oídos de su oscura cabeza inclinada sobre el pecho.

—Llevo en el mar, desde niño y como hombre, treinta y siete años, y nunca he oído que algo así suceda en un barco inglés. Y que tuviera que ser en mi barco. Y con mi mujer a bordo.

Apenas lo escuchaba.

—¿No cree usted —dije— que el fuerte golpe de mar que, según me dijo, barrió la cubierta justo entonces podría haber matado al hombre? He visto el puro peso de un golpe de mar matar a un hombre limpiamente, simplemente rompiéndole el cuello.

—¡Santo Dios! —exclamó, de manera impresionante, fijando sus ojos azules y borrosos en mí—. ¡El mar! Ningún hombre muerto por el mar tuvo nunca ese aspecto. —Parecía positivamente escandalizado por mi sugerencia. Y mientras lo miraba, ciertamente no preparado para nada original por su parte, adelantó la cabeza cerca de la mía y me sacó la lengua tan de repente que no pude evitar dar un respingo.

Después de triunfar sobre mi calma de esta manera gráfica, asintió sabiamente. Si yo hubiera visto aquello, me aseguró, nunca lo olvidaría mientras viviera. El tiempo era demasiado malo para dar al cadáver un entierro marino adecuado. Así que al día siguiente, al amanecer, lo subieron al castillo de popa, cubriéndole la cara con un trozo de estandarte; él leyó una breve oración y luego, tal como estaba, con su traje de hule y sus botas altas, lo arrojaron entre aquellos mares montañosos que parecían listos a cada momento para tragarse al propio barco y a las aterrorizadas vidas a bordo.

—Ese trinquete con rizos los salvó —intervine.

—Bajo la voluntad de Dios, así fue —exclamó con fervor—. Fue por una misericordia especial, creo firmemente, que aguantó algunos de aquellos chubascos huracanados.

—Fue el izado de esa vela lo que... —empecé.

—La propia mano de Dios en ello —me interrumpió—. Nada menos podría haberlo hecho. No me importa decirle que apenas me atreví a dar la orden. Parecía imposible que pudiéramos tocar nada sin perderlo, y entonces nuestra última esperanza se habría desvanecido.

El terror de aquel vendaval todavía estaba en él. Le dejé continuar un poco, y luego dije, como si nada, como volviendo a un tema menor:

—¿Estaba usted muy ansioso por entregar a su oficial a la gente de tierra, creo?

Lo estaba. A la ley. Su oscura tenacidad en ese punto tenía algo de incomprensible y un poco terrible; algo, por así decirlo, místico, aparte de su ansiedad por no ser sospechoso de «consentir actos de esa índole». Treinta y siete años virtuosos en el mar, de los cuales más de veinte de mando inmaculado, y los últimos quince en el *Sephora*, parecían haberlo sometido a alguna obligación despiadada.

—Y sabe usted —continuó, buscando a tientas y avergonzado entre sus sentimientos—, yo no contraté a ese joven. Su familia tenía ciertos intereses con mis armadores. En cierto modo, me vi forzado a aceptarlo. Parecía muy elegante, muy caballeroso y todo eso. Pero, ¿sabe una cosa? Nunca me gustó, no sé por qué. Soy un hombre sencillo. Verá, no era exactamente el tipo de persona para ser primer oficial de un barco como el *Sephora*.

Me había conectado tanto en pensamientos e impresiones con el cómplice secreto de mi camarote que sentí como si, personalmente, me estuvieran dando a entender que yo tampoco era el tipo de persona que habría servido para primer oficial de un barco como el *Sephora*. No tenía ninguna duda de ello en mi mente.

—En absoluto el estilo de hombre. Comprende usted —insistió, superfluamente, mirándome fijamente.

Sonreí con urbanidad. Él pareció perplejo por un momento.

—Supongo que debo informar de un suicidio.

—¿Perdón?

—¡Suicidio! Eso es lo que tendré que escribir a mis armadores en cuanto llegue.

—A menos que consiga recuperarlo antes de mañana —asentí, desapasionadamente—... Quiero decir, vivo.

Murmuró algo que realmente no entendí, y volví mi oído hacia él de manera perpleja. Bramó con todas sus fuerzas:

—La tierra... digo, el continente está al menos a siete millas de mi fondeadero.

—Más o menos.

Mi falta de excitación, de curiosidad, de sorpresa, de cualquier tipo de interés pronunciado, comenzó a despertar su desconfianza. Pero, excepto por la feliz pretensión de sordera, no había intentado fingir nada. Me había sentido completamente incapaz de interpretar adecuadamente el papel de ignorante y, por lo tanto, temía intentarlo. También es cierto que él había traído consigo algunas sospechas preconcebidas, y que veía mi cortesía como un fenómeno extraño y antinatural. Y, sin embargo, ¿de qué otra manera podría haberlo recibido? ¡No cordialmente! Eso era imposible por razones psicológicas, que no necesito exponer aquí. Mi único objetivo era mantener a raya sus preguntas. ¿Con hosquedad? Sí, pero la hosquedad podría haber provocado una pregunta a quemarropa. Por su novedad para él y por su naturaleza, la cortesía puntillosa era la manera mejor calculada para contener al hombre. Pero existía el peligro de que rompiera bruscamente mi defensa. No podría, creo, haberle hecho frente con una mentira directa, también por razones psicológicas (no morales). ¡Si tan solo hubiera sabido cuánto temía que pusiera a prueba mi sentimiento de identidad con el otro! Pero, extrañamente —(solo pensé en ello después)—, creo que no estaba poco desconcertado por el reverso de esa extraña situación, por algo en mí que le recordaba al hombre que buscaba, que sugería una misteriosa similitud con el joven del que había desconfiado y al que había aborrecido desde el principio.

Fuera como fuese, el silencio no fue muy prolongado. Dio otro paso oblicuo.

—Calculo que no remé más de dos millas hasta su barco. Ni un ápice más.

—Y más que suficiente, con este calor terrible —dije.

Siguió otra pausa llena de desconfianza. La necesidad, dicen, es la madre de la invención, pero el miedo tampoco es estéril en

sugerencias ingeniosas. Y yo temía que me preguntara a quemarropa por noticias de mi otro yo.

—Bonito saloncito, ¿verdad? —observé, como si notara por primera vez la forma en que sus ojos vagaban de una puerta cerrada a otra—. Y muy bien equipado, además. Aquí, por ejemplo —continué, alcanzando por encima del respaldo de mi asiento con negligencia y abriendo la puerta de par en par—, está mi cuarto de baño.

Hizo un movimiento ansioso, pero apenas le echó un vistazo. Me levanté, cerré la puerta del cuarto de baño y lo invité a echar un vistazo, como si estuviera muy orgulloso de mis aposentos. Tuvo que levantarse y dejarse guiar, pero pasó por el trámite sin ningún tipo de entusiasmo.

—Y ahora echaremos un vistazo a mi camarote —declaré, con una voz tan alta como me atreví a poner, cruzando el salón hacia el lado de estribor con pasos deliberadamente pesados.

Me siguió adentro y miró a su alrededor. Mi inteligente doble había desaparecido. Interpreté mi papel.

—Muy cómodo, ¿verdad?

—Muy bonito. Muy confor... —No terminó y salió bruscamente como para escapar de alguna de mis artimañas injustas. Pero no iba a ser así. Había estado demasiado asustado como para no sentirme vengativo; sentí que lo tenía acorralado y pretendía mantenerlo así. Mi educada insistencia debió de tener algo de amenazador, porque cedió de repente. Y no le perdoné ni un solo detalle; el camarote del oficial, la despensa, los almacenes, el mismísimo pañol de velas que también estaba bajo el castillo de popa... tuvo que mirarlos todos. Cuando por fin lo acompañé a la toldilla, soltó un largo y desgano suspiro, y murmuró lúgubrementemente que de verdad debía volver a su barco. Ordené a mi oficial, que se nos había unido, que se encargara del bote del capitán.

El hombre de las patillas dio un pitido con el silbato que solía llevar colgado del cuello y gritó: «¡El *Sephora* se marcha!». Mi doble,

allá abajo en mi camarote, debió de oírlo, y ciertamente no podía sentirse más aliviado que yo. Cuatro tipos salieron corriendo de alguna parte de proa y bajaron por el costado, mientras que mis propios hombres, apareciendo también en cubierta, se alinearon en la barandilla. Acompañé a mi visitante a la escala de portalón ceremoniosamente, y casi me excedí. Era una bestia tenaz. En la misma escala se demoró, y con esa manera única, culpablemente concienzuda, de aferrarse al asunto:

—Digo... usted... usted no cree que...

Cubrí su voz en voz alta:

—Ciertamente no... Estoy encantado. Adiós.

Tenía una idea de lo que quería decir, y me salvé justo a tiempo gracias al privilegio de mi oído defectuoso. Estaba demasiado alterado en general como para insistir, pero mi oficial, testigo cercano de esa despedida, parecía desconcertado y su rostro adoptó un aire pensativo. Como no quería parecer que deseaba evitar toda comunicación con mis oficiales, tuvo la oportunidad de dirigirse a mí.

—Parece un hombre muy agradable. La tripulación de su bote contó a nuestros muchachos una historia muy extraordinaria, si lo que me cuenta el mayordomo es cierto. Supongo que se la contó el capitán, ¿señor?

—Sí. El capitán me contó una historia.

—Un asunto muy horrible, ¿no es así, señor?

—Lo es.

—Supera todas esas historias que oímos sobre asesinatos en barcos yanquis.

—No creo que las supere. No creo que se les parezca en lo más mínimo.

—¡Válgame Dios, no me diga! Pero, por supuesto, no tengo ningún conocimiento de los barcos americanos, yo no, así que no podría contradecir su saber. Para mí es suficientemente horrible...

Pero la parte más extraña es que esos tipos parecían tener alguna idea de que el hombre estaba escondido a bordo. De verdad que sí. ¿Ha oído alguna vez algo semejante?

—Absurdo, ¿no es así?

Paseábamos de un lado a otro a lo ancho de la toldilla. No se veía a nadie de la tripulación a proa (era domingo), y el oficial prosiguió:

—Hubo una pequeña disputa al respecto. Nuestros muchachos se ofendieron. «Como si fuéramos a albergar a una cosa así», dijeron. «¿No les gustaría buscarlo en nuestra carbonera?». Todo un altercado. Pero al final hicieron las paces. Supongo que sí se ahogó. ¿No cree, señor?

—No supongo nada.

—¿No tiene ninguna duda al respecto, señor?

—Ninguna en absoluto.

Lo dejé de repente. Sentí que estaba produciendo una mala impresión, pero con mi doble allá abajo era muy difícil estar en cubierta. Y era casi igual de difícil estar abajo. En conjunto, una situación que ponía a prueba los nervios. Pero, en general, me sentía menos dividido cuando estaba con él. No había nadie en todo el barco en quien me atreviera a confiar. Desde que la tripulación se había enterado de su historia, habría sido imposible hacerlo pasar por otra persona, y un descubrimiento accidental era de temer ahora más que nunca...

Como el mayordomo estaba ocupado poniendo la mesa para la cena, solo pudimos hablar con los ojos cuando bajé por primera vez. Más tarde, por la tarde, intentamos susurrar con cautela. La quietud dominical del barco estaba en nuestra contra; la calma del aire y del agua a su alrededor estaba en nuestra contra; los elementos, los hombres estaban en nuestra contra... todo estaba en nuestra contra en nuestra sociedad secreta; el tiempo mismo, pues esto no podía durar para siempre. La misma confianza en la Providencia, supongo, le era negada a su culpa. ¿Confesaré que este pensamiento me

abatió mucho? Y en cuanto al capítulo de los accidentes, que tanto cuenta en el libro del éxito, solo podía esperar que estuviera cerrado. Pues, ¿qué accidente favorable cabía esperar?

—¿Lo oyó todo? —fueron mis primeras palabras tan pronto como tomamos nuestra posición uno al lado del otro, inclinados sobre mi litera.

Lo había oído. Y la prueba de ello fue su susurro fervoroso:

—El hombre le dijo que apenas se atrevió a dar la orden.

Entendí que la referencia era a aquel trinquete salvador.

—Sí. Temía que se perdiera al izarlo.

—Le aseguro que nunca dio la orden. Puede que crea que lo hizo, pero nunca la dio. Se quedó allí conmigo en el quiebre de popa después de que volara el juanete de mayor, y gimoteaba sobre nuestra última esperanza —positivamente gimoteaba sobre eso y nada más— ¡y la noche cayendo! Oír a tu patrón seguir así con ese tiempo era suficiente para volver loco a cualquiera. Me llevó a una especie de desesperación. Simplemente tomé el asunto en mis propias manos y me alejé de él, hirviendo, y... ¡Pero de qué sirve contárselo? ¡Usted lo sabe!... ¿Cree que si no hubiera sido bastante fiero con ellos habría conseguido que los hombres hicieran algo? ¡Yo no! ¿El contramaestre, quizás? ¡Quizás! No era un mar grueso, ¡era un mar embravecido! Supongo que el fin del mundo será algo así; y un hombre puede tener el coraje de verlo venir una vez y acabar con ello, pero tener que enfrentarlo día tras día... no culpo a nadie. Yo era apenas un poco mejor que el resto. Solo que... yo era un oficial de ese viejo cascarón de carbón, de todos modos...

—Lo entiendo perfectamente —le transmití esa sincera seguridad al oído. Estaba sin aliento de tanto susurrar; podía oírlo jadear ligeramente. Todo era muy simple. La misma fuerza tensa que había dado una oportunidad de vida, al menos, a veinticuatro hombres, en una especie de retroceso, había aplastado una existencia indigna y amotinada.

Pero no tuve tiempo de sopesar los méritos del asunto: pasos en el salón, un fuerte golpe. «Hay suficiente viento para levar anclas, señor». He aquí la llamada de una nueva exigencia sobre mis pensamientos e incluso sobre mis sentimientos.

—¡Que suba toda la marinería! —grité a través de la puerta—. Estaré en cubierta enseguida.

Iba a salir para conocer mi barco. Antes de abandonar el camarote, nuestras miradas se encontraron: las miradas de los dos únicos extraños a bordo. Señalé la parte retranqueada donde le esperaba el pequeño taburete de lona y me llevé un dedo a los labios. Hizo un gesto —algo vago— un poco misterioso, acompañado de una leve sonrisa, como de pesar.

Este no es el lugar para explayarse sobre las sensaciones de un hombre que siente por primera vez un barco moverse bajo sus pies por su propia palabra independiente. En mi caso, no eran puras. No estaba completamente solo con mi mando; pues estaba aquel extraño en mi camarote. O más bien, no estaba completa y enteramente con ella. Una parte de mí estaba ausente. Esa sensación mental de estar en dos lugares a la vez me afectaba físicamente como si el estado de ánimo de secretismo hubiera penetrado mi alma misma. Antes de que hubiera transcurrido una hora desde que el barco había empezado a moverse, teniendo ocasión de pedirle al oficial (estaba a mi lado) que tomara una marcación de la pagoda con la brújula, me sorprendí a mí mismo acercándome a su oído para susurrar. Digo que me sorprendí, pero lo suficiente se había escapado como para sobresaltar al hombre. No puedo describirlo de otra manera que diciendo que se asustó. Un aire grave y preocupado, como si estuviera en posesión de alguna información desconcertante, no lo abandonó a partir de entonces. Un poco más tarde me alejé de la barandilla para mirar la brújula con un paso tan sigiloso que el timonel se dio cuenta, y no pude evitar notar la inusual redondez de sus ojos. Estos son ejemplos triviales, aunque a ningún comandante le beneficia ser sospechoso de excentricidades ridículas. Pero también me afectó más

seriamente. Hay para un marinero ciertas palabras, gestos, que en determinadas condiciones deberían surgir tan natural, tan instintivamente como el parpadeo de un ojo amenazado. Cierta orden debería brotar en sus labios sin pensar; cierta señal debería hacerse, por así decirlo, sin reflexión. Pero toda alerta inconsciente me había abandonado. Tenía que hacer un esfuerzo de voluntad para traerme de vuelta (desde el camarote) a las condiciones del momento. Sentí que estaba pareciendo un comandante irresoluto ante esa gente que me observaba más o menos críticamente.

Y, además, estaban los sustos. Al segundo día de navegación, por ejemplo, al bajar de cubierta por la tarde (llevaba zapatillas de paja en los pies descalzos) me detuve en la puerta abierta de la despensa y hablé con el mayordomo. Estaba haciendo algo allí de espaldas a mí. Al sonido de mi voz casi dio un salto, como se suele decir, y de paso rompió una taza.

—¿Qué diablos le pasa? —pregunté, asombrado.

Estaba extremadamente confundido.

—Perdone, señor. Estaba seguro de que estaba usted en su camarote.

—Ya ve que no.

—No, señor. Podría haber jurado que le había oído moverse allí dentro hace un momento. Es de lo más extraordinario... lo siento mucho, señor.

Pasé de largo con un estremecimiento interior. Estaba tan identificado con mi doble secreto que ni siquiera mencioné el hecho en aquellos escasos y temerosos susurros que intercambiábamos. Supongo que él había hecho algún ligero ruido de un tipo u otro. Habría sido milagroso si no lo hubiera hecho en un momento u otro. Y sin embargo, por demacrado que pareciera, siempre se mostraba perfectamente sereno, más que tranquilo, casi invulnerable. A sugerencia mía, permanecía casi por completo en el cuarto de baño, que, a fin de cuentas, era el lugar más seguro. Realmente no podía haber ni la sombra de una excusa para que alguien quisiera entrar

allí, una vez que el mayordomo había terminado. Era un lugar muy pequeño. A veces se reclinaba en el suelo, con las piernas dobladas, la cabeza apoyada en un codo. Otras veces lo encontraba en el taburete de lona, sentado con su pijama gris y su pelo oscuro y corto como un convicto paciente e impasible. Por la noche lo metía a hurtadillas en mi litera, y susurrábamos juntos, con las pisadas regulares del oficial de guardia pasando y repasando sobre nuestras cabezas. Fue una época infinitamente miserable. Fue una suerte que algunas latas de conservas finas estuvieran guardadas en un armario de mi camarote; pan duro siempre podía conseguir; y así vivió de pollo guisado, paté de foie gras, espárragos, ostras cocidas, sardinas... de todo tipo de abominables manjares falsos de lata. Mi café de la mañana siempre lo bebía; y era todo lo que me atrevía a hacer por él en ese aspecto.

Cada día había que pasar por la horrible maniobra para que mi cuarto y luego el baño se hicieran de la manera habitual. Llegué a odiar la vista del mayordomo, a aborrecer la voz de aquel hombre inofensivo. Sentí que era él quien provocaría el desastre del descubrimiento. Pendía como una espada sobre nuestras cabezas.

El cuarto día de navegación, creo (estábamos entonces costeano el lado este del Golfo de Siam, virando una y otra vez, con vientos flojos y aguas tranquilas) —el cuarto día, digo, de este miserable malabarismo con lo inevitable, mientras estábamos sentados a nuestra cena, aquel hombre, cuyo más mínimo movimiento yo temía, después de dejar los platos corrió a cubierta afanosamente. Esto no podía ser peligroso. Al poco rato bajó de nuevo; y entonces resultó que se había acordado de un abrigo mío que yo había echado sobre una barandilla para que se secara después de haberme mojado en un chubasco que había pasado sobre el barco por la tarde. Sentado impávidamente a la cabecera de la mesa, me aterroricé al ver la prenda en su brazo. Por supuesto, se dirigió a mi puerta. No había tiempo que perder.

—¡Mayordomo! —troné. Tenía los nervios tan destrozados que no pude controlar mi voz ni ocultar mi agitación. Este era el tipo de

cosas que hacía que mi oficial de patillas terribles se golpeará la frente con el índice. Lo había detectado usando ese gesto mientras hablaba en cubierta con aire confidencial con el carpintero. Estaba demasiado lejos para oír una palabra, pero no tenía duda de que esta pantomima solo podía referirse al extraño nuevo capitán.

—Sí, señor —se volvió hacia mí el mayordomo de rostro pálido, con resignación. Era este enloquecedor curso de ser gritado, reprendido sin ton ni son, arbitrariamente expulsado de mi camarote, llamado de repente a él, enviado a volar fuera de su despensa en recados incomprensibles, lo que explicaba la creciente desdicha de su expresión.

—¿A dónde va con ese abrigo?

—A su cuarto, señor.

—¿Viene otro chubasco?

—No estoy seguro, señor. ¿Quiere que suba de nuevo a ver, señor?

—¡No! No importa.

Mi objetivo se había logrado, pues por supuesto mi otro yo allí dentro habría oído todo lo que pasaba. Durante este interludio, mis dos oficiales no levantaron la vista de sus respectivos platos; pero el labio de aquel maldito cachorro, el segundo oficial, tembló visiblemente.

Esperaba que el mayordomo colgara mi abrigo y saliera de inmediato. Fue muy lento en hacerlo; pero dominé mi nerviosismo lo suficiente como para no gritarle. De repente me di cuenta (se oía con bastante claridad) de que el tipo, por alguna razón u otra, estaba abriendo la puerta del cuarto de baño. Era el fin. El lugar era literalmente demasiado pequeño como para no tropezar con nada. La voz se me murió en la garganta y me quedé de piedra. Esperaba oír un grito de sorpresa y terror, e hice un movimiento, pero no tuve fuerzas para ponerme en pie. Todo permaneció en silencio. ¿Había mi segundo yo agarrado por el cuello al pobre desgraciado? No sé

qué podría haber hecho al momento siguiente si no hubiera visto al mayordomo salir de mi cuarto, cerrar la puerta y luego quedarse quieto junto al aparador.

«Salvado», pensé. «¡Pero no! ¡Perdido! ¡Se ha ido! ¡Se había ido!».

Dejé el cuchillo y el tenedor y me recliné en mi silla. La cabeza me daba vueltas. Al cabo de un rato, cuando me hube recuperado lo suficiente como para hablar con voz firme, ordené a mi oficial que él mismo virara el barco a las ocho.

—No subiré a cubierta —continué—. Creo que me iré a la cama, y a menos que el viento role, no quiero que me molesten antes de medianoche. Me siento un poco indispueto.

—La verdad es que tenía usted bastante mala cara hace un rato —observó el primer oficial sin mostrar gran preocupación.

Ambos salieron, y me quedé mirando al mayordomo que retiraba la mesa. No había nada que leer en el rostro de aquel desdichado. Pero, ¿por qué evitaba mi mirada?, me pregunté. Entonces pensé que me gustaría oír el sonido de su voz.

—¡Mayordomo!

—¡Señor! —Sobresaltado como de costumbre.

—¿Dónde ha colgado ese abrigo?

—En el cuarto de baño, señor. —El tono ansioso de siempre—. Todavía no está del todo seco, señor.

Durante un rato más me quedé sentado en el camarote. ¿Había desaparecido mi doble tal como había venido? Pero de su venida había una explicación, mientras que su desaparición sería inexplicable... Entré lentamente en mi cuarto oscuro, cerré la puerta, encendí la lámpara y durante un tiempo no me atreví a darme la vuelta. Cuando por fin lo hice, lo vi de pie, erguido, en la estrecha parte retranqueada. No sería cierto decir que sufrí una conmoción, pero una duda irresistible sobre su existencia corporal cruzó mi

mente. ¿Puede ser, me pregunté, que no sea visible para otros ojos que los míos? Era como estar embrujado. Inmóvil, con rostro grave, levantó ligeramente las manos hacia mí en un gesto que significaba claramente: «¡Cielos, qué escape por los pelos!». Por los pelos, ciertamente. Creo que me había acercado sigilosamente a la locura tanto como cualquier hombre que no haya cruzado realmente la frontera. Ese gesto me contuvo, por así decirlo.

El oficial de las patillas terribles estaba ahora virando el barco al otro bordo. En el momento de profundo silencio que sigue a la marinería yendo a sus puestos, oí en el castillo de popa su voz alzada: «¡Todo a sotavento!», y el grito lejano de la orden repetida en la cubierta principal. Las velas, con esa ligera brisa, hacían apenas un débil ruido de aleteo. Cesó. El barco viraba lentamente: contuve la respiración en la renovada quietud de la expectación; uno no habría pensado que había una sola alma viviente en sus cubiertas. Un súbito y enérgico grito, «¡Caza la mayor!», rompió el hechizo, y entre los ruidosos gritos y la carrera sobre nuestras cabezas de los hombres que halaban de la braza mayor, nosotros dos, abajo en mi camarote, nos juntamos en nuestra posición habitual junto a la litera.

No esperó mi pregunta.

—Lo oí registrar aquí y apenas logré acurrucarme en la bañera — me susurró—. El tipo solo abrió la puerta y metió el brazo para colgar el abrigo. De todos modos...

—Nunca pensé en eso —susurré de vuelta, aún más horrorizado que antes por lo cerca que habíamos estado del desastre, y maravillándome de ese algo inflexible en su carácter que lo estaba llevando tan bien. No había agitación en su susurro. Quienquiera que estuviera perdiendo la cabeza, no era él. Él estaba cuerdo. Y la prueba de su cordura continuó cuando reanudó el susurro.

—Nunca sería bueno para mí volver a la vida.

Era algo que un fantasma podría haber dicho. Pero a lo que se refería era a la renuente admisión de su antiguo capitán de la teoría

del suicidio. Obviamente, le serviría de ayuda, si yo había entendido en algo la visión que parecía gobernar el propósito inalterable de su acción.

—Debe abandonarme en una isla tan pronto como pueda llegar a estas islas frente a la costa de Camboya —continuó.

—¡Abandonarlo! No estamos viviendo en un cuento de aventuras para niños —protesté. Su susurro desdeñoso me interrumpió.

—¡Desde luego que no! No hay nada de cuento de niños en esto. Pero no hay otra opción. No quiero más. ¿No supondrá que tengo miedo de lo que me puedan hacer? Prisión o horca o lo que les plazca. Pero no me ve volviendo para explicar tales cosas a un viejo con peluca y doce respetables comerciantes, ¿verdad? ¿Qué pueden saber ellos si soy culpable o no, o de qué soy culpable? Ese es mi asunto. ¿Qué dice la Biblia? «Expulsado de la faz de la tierra». Muy bien, ahora estoy fuera de la faz de la tierra. Como vine de noche, así me iré.

—¡Imposible! —murmuré—. No puede.

—¿No puedo...? No desnudo como un alma en el Día del Juicio. Me aferraré a este pijama. El Último Día aún no ha llegado... y... usted lo ha entendido perfectamente. ¿No es así?

De repente me sentí avergonzado de mí mismo. Puedo decir en verdad que lo entendí, y mi vacilación en dejar que ese hombre se alejara nadando del costado de mi barco había sido un mero sentimiento falso, una especie de cobardía.

—No se puede hacer ahora hasta la próxima noche —exhalé—. El barco está en el bordo de alta mar y el viento puede fallarnos.

—Mientras sepa que usted lo entiende —susurró—. Pero por supuesto que lo entiende. Es una gran satisfacción haber conseguido que alguien lo entienda. Parece que ha estado aquí a propósito. —Y en el mismo susurro, como si nosotros dos, cada vez que hablábamos, tuviéramos que decirnos cosas que no eran aptas para que el mundo las oyera, añadió—: Es maravilloso.

Permanecimos uno al lado del otro hablando a nuestra manera secreta, pero a veces en silencio o simplemente intercambiando una o dos palabras susurradas a largos intervalos. Y como de costumbre, él miraba a través del portillo. Una ráfaga de viento nos llegaba de vez en cuando a la cara. El barco podría haber estado amarrado en un muelle, tan suavemente y sobre una quilla nivelada se deslizaba por el agua, que ni siquiera murmuraba a nuestro paso, sombrío y silencioso como un mar fantasma.

A medianoche subí a cubierta y, para gran sorpresa de mi oficial, viré el barco al otro bordo. Sus terribles patillas revolotearon a mi alrededor en silenciosa crítica. Ciertamente no lo habría hecho si solo hubiera sido cuestión de salir de aquel golfo somnoliento lo más rápido posible. Creo que le dije al segundo oficial, que lo relevó, que era una gran falta de juicio. El otro solo bostezó. Aquel cachorro intolerable se arrastraba tan somnoliento y se apoyaba contra las barandillas de una manera tan floja e impropia que lo reprendí bruscamente.

—¿Aún no está bien despierto?

—¡Sí, señor! Estoy despierto.

—Bueno, entonces, tenga la bondad de comportarse como si lo estuviera. Y mantenga la vigilancia. Si hay alguna corriente, nos acercaremos a algunas islas antes del amanecer.

El lado este del golfo está bordeado de islas, algunas solitarias, otras en grupos. Sobre el fondo azul de la alta costa, parecen flotar sobre manchas plateadas de agua en calma, áridas y grises, o de un verde oscuro y redondeadas como macizos de arbustos de hoja perenne, con las más grandes, de una o dos millas de largo, mostrando los contornos de crestas, costillas de roca gris bajo el manto oscuro de follaje enmarañado. Desconocidas para el comercio, para los viajes, casi para la geografía, el modo de vida que albergan es un secreto sin resolver. Debe de haber aldeas — asentamientos de pescadores al menos— en las más grandes, y alguna comunicación con el mundo probablemente se mantiene

mediante embarcaciones nativas. Pero durante toda esa mañana, mientras nos dirigíamos hacia ellas, abanicados por la más leve de las brisas, no vi señal de hombre ni canoa en el campo del telescopio que mantenía apuntado al grupo disperso.

Al mediodía no di órdenes de cambiar de rumbo, y las patillas del oficial se preocuparon mucho y parecieron ofrecerse indebidamente a mi atención. Finalmente dije:

—Voy a adentrarme directamente. Bien adentro, hasta donde pueda llevarla.

La mirada de extrema sorpresa confirió un aire de ferocidad también a sus ojos, y pareció verdaderamente terrible por un momento.

—No nos va bien en medio del golfo —continué, como si nada—. Voy a buscar las brisas de tierra esta noche.

—¡Válgame Dios! ¿Quiere decir, señor, en la oscuridad, entre todo ese montón de islas y arrecifes y bajíos?

—Bueno, si hay alguna brisa de tierra regular en esta costa, hay que acercarse mucho a la orilla para encontrarla, ¿no es así?

—¡Válgame Dios! —exclamó de nuevo en voz baja. Toda esa tarde lució un aire soñador y contemplativo que en él era señal de perplejidad. Después de la cena, entré en mi camarote como si tuviera la intención de descansar. Allí, nosotros dos inclinamos nuestras cabezas oscuras sobre una carta medio desenrollada que yacía en mi cama.

—Ahí —dije—. Tiene que ser Koh-ring. La he estado observando desde el amanecer. Tiene dos colinas y una punta baja. Debe estar habitada. Y en la costa de enfrente hay lo que parece la desembocadura de un río bastante grande, con algunas ciudades, sin duda, no muy río arriba. Es la mejor oportunidad que veo para usted.

—Lo que sea. Que sea Koh-ring.

Miró pensativamente la carta como si examinara posibilidades y distancias desde una gran altura, y siguiera con los ojos su propia figura vagando por la tierra en blanco de la Cochinchina, y luego saliendo de ese trozo de papel completamente fuera de la vista hacia regiones inexploradas. Y era como si el barco tuviera dos capitanes para planificar su rumbo. Había estado tan preocupado e inquieto corriendo de un lado para otro que no había tenido la paciencia de vestirme ese día. Había permanecido en mi pijama, con zapatillas de paja y un sombrero blando y flexible. El calor sofocante del golfo había sido de lo más opresivo, y la tripulación estaba acostumbrada a verme deambular con ese atuendo ligero.

—Librará la punta sur tal como va ahora —le susurré al oído—. Solo Dios sabe cuándo, sin embargo, pero ciertamente después del anochecer. La acercaré hasta media milla, hasta donde pueda juzgar en la oscuridad...

—Tenga cuidado —murmuró, a modo de advertencia, y de repente me di cuenta de que todo mi futuro, el único futuro para el que estaba capacitado, quizás se haría pedazos irremediabilmente en cualquier percance de mi primer mando.

No pude quedarme un momento más en el cuarto. Le hice señas para que se ocultara y me dirigí al castillo de popa. Aquel cachorro poco juguetón tenía la guardia. Caminé de un lado a otro durante un rato pensando las cosas, y luego lo llamé con un gesto.

—Mande a un par de hombres a abrir las dos portas de la toldilla —dije, suavemente.

Realmente tuvo la impertinencia, o se olvidó tanto de sí mismo en su asombro ante una orden tan incomprensible, como para repetir:

—¡Abrir las portas de la toldilla! ¿Para qué, señor?

—La única razón que necesita preocuparle es porque se lo digo yo. Que las abran de par en par y las aseguren bien.

Enrojeció y se fue, pero creo que hizo algún comentario burlón al carpintero sobre la sensata práctica de ventilar la toldilla de un

barco. Sé que se metió en el camarote del oficial para comunicarle el hecho porque las patillas subieron a cubierta, como por casualidad, y me echaron miradas furtivas desde abajo, buscando signos de locura o embriaguez, supongo.

Poco antes de la cena, sintiéndome más inquieto que nunca, me reuní por un momento con mi segundo yo. Y encontrarlo sentado tan tranquilamente fue sorprendente, como algo contra natura, inhumano.

Desarrollé mi plan en un susurro apresurado.

—Me acercaré tanto como me atreva y luego la haré virar. Enseguida encontraré la manera de sacarlo de aquí a hurtadillas y meterlo en el pañol de velas, que comunica con el vestíbulo. Pero hay una abertura, una especie de cuadrado para sacar las velas, que da directamente a la toldilla y que nunca se cierra con buen tiempo, para dar aire a las velas. Cuando el barco pierda arrancada en la virada y toda la marinería esté a popa en las brazas mayores, tendrá usted camino libre para escabullirse y echarse por la borda a través de la porta abierta de la toldilla. He hecho que aseguren las dos. Use un chicote de cabo para bajarse al agua y así evitar un chapoteo, ya sabe. Podría oírse y causar alguna complicación desagradable.

Guardó silencio un momento, y luego susurró:

—Entendido.

—No estaré allí para verle marchar —comencé con esfuerzo—. El resto... solo espero haberlo entendido yo también.

—Lo ha hecho. De principio a fin —y por primera vez pareció haber una vacilación, algo forzado en su susurro. Me agarró del brazo, pero el sonido de la campana de la cena me hizo sobresaltar. Él no, sin embargo; solo soltó su agarre.

Después de la cena no volví a bajar hasta bien pasadas las ocho. La brisa débil y constante estaba cargada de rocío; y las velas húmedas y oscurecidas contenían toda la fuerza propulsora que había en ella. La noche, clara y estrellada, centelleaba oscuramente,

y las manchas opacas y sin luz que se desplazaban lentamente contra las estrellas bajas eran los islotes a la deriva. A babor había uno grande, más distante y sombríamente imponente por el gran espacio de cielo que eclipsaba.

Al abrir la puerta tuve una visión trasera de mi propio yo mirando una carta. Había salido del recoveco y estaba de pie cerca de la mesa.

—Suficientemente oscuro —susurré.

Él retrocedió y se apoyó contra mi cama con una mirada serena y tranquila. Me senté en el diván. No teníamos nada que decirnos. Sobre nuestras cabezas, el oficial de guardia se movía de aquí para allá. Entonces lo oí moverse rápidamente. Sabía lo que eso significaba. Se dirigía a la escotilla; y al poco su voz estaba fuera de mi puerta.

—Nos estamos acercando bastante rápido, señor. La tierra parece bastante cerca.

—Muy bien —respondí—. Subo a cubierta enseguida.

Esperé a que saliera del camarote, y entonces me levanté. Mi doble también se movió. Había llegado el momento de intercambiar nuestros últimos susurros, pues ninguno de nosotros volvería a oír jamás la voz natural del otro.

—¡Mire! —abrí un cajón y saqué tres soberanos de oro—. Tome esto de todos modos. Tengo seis y le daría el lote entero, solo que debo guardar un poco de dinero para comprar algo de fruta y verduras para la tripulación a las barcas nativas cuando pasemos por el estrecho de la Sonda.

Sacudió la cabeza.

—Tómelo —le insté, susurrando desesperadamente—. Nadie sabe lo que...

Sonrió y golpeó significativamente el único bolsillo de la chaqueta del pijama. No era seguro, ciertamente. Pero saqué un pañuelo

grande de seda mío, viejo, y atando las tres piezas de oro en una esquina, se lo ofrecí. Se conmovió, supongo, porque al final lo tomó y se lo ató rápidamente alrededor de la cintura bajo la chaqueta, sobre la piel desnuda.

Nuestros ojos se encontraron; pasaron varios segundos, hasta que, con nuestras miradas aún mezcladas, extendí la mano y apagué la lámpara. Luego pasé por el camarote, dejando la puerta de mi cuarto abierta de par en par...

—¡Mayordomo!

Todavía se demoraba en la despensa con la grandeza de su celo, dando un último pulido a un juego de vinajeras plateado antes de irse a la cama. Teniendo cuidado de no despertar al oficial, cuyo cuarto estaba enfrente, hablé en voz baja.

Miró a su alrededor con ansiedad.

—¡Señor!

—¿Puede traerme un poco de agua caliente de la cocina?

—Me temo, señor, que el fuego de la cocina lleva apagado un buen rato.

—Vaya a ver.

Subió las escaleras volando.

—Ahora —susurré, en voz alta, hacia el salón; demasiado alta, quizás, pero temía no poder emitir ningún sonido. Estuvo a mi lado en un instante; el doble capitán se deslizó junto a las escaleras, a través de un diminuto pasaje oscuro... una puerta corredera. Estábamos en el pañol de velas, arrastrándonos de rodillas sobre las velas. Un pensamiento repentino me asaltó. Me vi a mí mismo vagando descalzo, con la cabeza descubierta, el sol golpeando mi testa oscura. Le arrebaté mi sombrero flexible y traté apresuradamente en la oscuridad de encasquetárselo a mi otro yo. Él lo esquivó y se defendió en silencio. Me pregunto qué pensó que me había pasado antes de que lo entendiera y de repente desistiera.

Nuestras manos se encontraron a tientas, permanecieron unidas en un firme e inmóvil apretón por un segundo... Ninguno de los dos pronunció palabra cuando se separaron.

Estaba de pie tranquilamente junto a la puerta de la despensa cuando regresó el mayordomo.

—Lo siento, señor. La tetera apenas está tibia. ¿Enciendo la lámpara de alcohol?

—No importa.

Salí a cubierta lentamente. Ahora era una cuestión de conciencia arrimarse a la costa lo más posible, pues ahora él debía echarse por la borda cada vez que el barco virara. ¡Debía! No podía haber vuelta atrás para él. Después de un momento caminé a sotavento y el corazón se me subió a la boca por la cercanía de la tierra a proa. En cualquier otra circunstancia no habría aguantado ni un minuto más. El segundo oficial me había seguido con ansiedad.

Miré hasta que sentí que podía dominar mi voz.

—La libraremos —dije entonces en un tono tranquilo.

—¿Va a intentar eso, señor? —tartamudeó con incredulidad.

No le hice caso y alcé el tono lo justo para que me oyera el timonel.

—Manténgala bien llena.

—Bien llena, señor.

El viento me abanicaba la mejilla, las velas dormían, el mundo estaba en silencio. La tensión de ver la oscura silueta de la tierra crecer y hacerse más densa era demasiado para mí. Había cerrado los ojos, porque el barco debía acercarse más. ¡Debía! La quietud era intolerable. ¿Estábamos parados?

Cuando abrí los ojos, la segunda visión hizo que mi corazón diera un vuelco. La colina negra del sur de Koh-ring parecía colgar justo sobre el barco como un fragmento imponente de la noche eterna. En esa enorme masa de negrura no se veía ni un destello, no se oía ni

un sonido. Se deslizaba irresistiblemente hacia nosotros y, sin embargo, parecía ya al alcance de la mano. Vi las vagas figuras de la guardia agrupadas en el centro del barco, mirando en silencio reverencial.

—¿Va a seguir, señor? —inquirió una voz insegura a mi codo.

La ignoré. Tenía que seguir.

—Manténgala llena. No le frene la arrancada. Eso no servirá ahora —dije a modo de advertencia.

—No veo muy bien las velas —me respondió el timonel, con un tono extraño y tembloroso.

¿Estaba lo suficientemente cerca? Ya estaba, no diré a la sombra de la tierra, sino en su misma negrura, ya tragada por así decirlo, demasiado cerca para ser recuperada, perdida para mí por completo.

—Llame al oficial —le dije al joven que estaba a mi codo, inmóvil como la muerte—. Y que suba toda la marinería.

Mi tono tenía una sonoridad prestada que reverberaba desde la altura de la tierra. Varias voces gritaron a la vez:

—Estamos todos en cubierta, señor.

Luego, de nuevo el silencio, con la gran sombra deslizándose más cerca, elevándose más alto, sin una luz, sin un sonido. Tal silencio había caído sobre el barco que podría haber sido una barca de los muertos flotando lentamente bajo la mismísima puerta del Érebo.

—¡Dios mío! ¿Dónde estamos?

Era el oficial quejándose a mi codo. Estaba atónito y, por así decirlo, privado del apoyo moral de sus patillas. Dio una palmada y gritó absolutamente:

—¡Perdidos!

—Cállese —dije, con severidad.

Bajó el tono, pero vi el sombrío gesto de su desesperación.

—¿Qué hacemos aquí?

—Buscando el viento de tierra.

Hizo como si se fuera a arrancar los pelos y se dirigió a mí temerariamente.

—Nunca saldrá. Lo ha conseguido usted, señor. Sabía que acabaría en algo así. Nunca la libraré, y está usted demasiado cerca ahora para virar. Encajará en la costa antes de que haya dado la vuelta. ¡Oh, Dios mío!

Lo agarré del brazo mientras lo levantaba para golpear su pobre y devota cabeza, y lo sacudí violentamente.

—¡Ya está en la costa! —gimió, tratando de zafarse.

—¿Lo está?... ¡Manténgala bien llena ahí!

—Bien llena, señor —gritó el timonel con una voz asustada, delgada e infantil.

No había soltado el brazo del oficial y seguí sacudiéndolo.

—Listo para virar, ¿me oye? Vaya a proa —sacudida— y quédese allí —sacudida— y cállese la boca —sacudida— y asegúrese de que esas escotas de proa estén bien adujadas —sacudida, sacudida, sacudida.

Y todo el tiempo no me atrevía a mirar hacia la tierra por temor a que el corazón me fallara. Finalmente solté mi agarre y él corrió hacia proa como si huyera para salvar su vida.

Me pregunté qué pensaría mi doble allí en el pañol de velas de toda esta conmoción. Era capaz de oírlo todo, y quizás era capaz de entender por qué, en conciencia, tenía que ser así de cerca, ni más ni menos. Mi primera orden «¡Todo a sotavento!» resonó ominosamente bajo la imponente sombra de Koh-ring como si hubiera gritado en un desfiladero de montaña. Y entonces observé la tierra atentamente. En esa agua tranquila y con viento ligero era imposible sentir que el barco viraba. ¡No! No podía sentirla. Y mi

segundo yo se preparaba ahora para salir y arrojarse por la borda. ¿Quizás ya se había ido...?

La gran masa negra que se cernía sobre nuestros mismos topes de mástil comenzó a pivotar silenciosamente alejándose del costado del barco. Y ahora olvidé al extraño secreto listo para partir, y solo recordé que yo era un completo extraño para el barco. No la conocía. ¿Lo lograría? ¿Cómo debía manejarse?

Braceé la verga mayor y esperé impotente. Quizás estaba parada, y su propio destino pendía de un hilo, con la masa negra de Koh-ring como la puerta de la noche eterna cerniéndose sobre su coronamiento de popa. ¿Qué haría ahora? ¿Tenía arrancada todavía? Me acerqué al costado rápidamente, y en el agua sombría no pude ver nada excepto un débil destello fosforescente que revelaba la tersura vidriosa de la superficie durmiente. Era imposible saberlo, y aún no había aprendido a sentir mi barco. ¿Se movía? Lo que necesitaba era algo fácil de ver, un trozo de papel, que pudiera arrojar por la borda y observar. No tenía nada encima. No me atrevía a bajar corriendo a por ello. No había tiempo. De repente, mi mirada tensa y anhelante distinguió un objeto blanco flotando a una yarda del costado del barco. Blanco sobre el agua negra. Un destello fosforescente pasó por debajo. ¿Qué era esa cosa?... Reconocí mi propio sombrero flexible. Debía de habersele caído de la cabeza... y no se molestó. Ahora tenía lo que quería: la marca salvadora para mis ojos. Pero apenas pensé en mi otro yo, ahora ausente del barco, para ocultarse para siempre de todos los rostros amigos, para ser un fugitivo y un vagabundo sobre la tierra, sin la marca de la maldición en su frente cuerda para detener una mano asesina... demasiado orgulloso para dar explicaciones.

Y observé el sombrero, la expresión de mi súbita piedad por su mera carne. Había sido destinado a salvar su cabeza sin hogar de los peligros del sol. Y ahora —he aquí— estaba salvando el barco, sirviéndome de marca para suplir la ignorancia de mi extrañeza. ¡Ja! Flotaba hacia proa, advirtiéndome justo a tiempo de que el barco había cogido arrancada hacia atrás.

—Cambia el timón —le dije en voz baja al marinero que estaba inmóvil como una estatua.

Los ojos del hombre brillaron salvajemente a la luz de la bitácora mientras saltaba al otro lado y hacía girar la rueda.

Caminé hasta el quiebre de popa. En la cubierta ensombrecida, toda la marinería esperaba junto a las brazas de proa mi orden. Las estrellas por delante parecían deslizarse de derecha a izquierda. Y todo estaba tan quieto en el mundo que oí el comentario tranquilo, «Ha virado», pasado en un tono de intenso alivio entre dos marineros.

—¡Largar y halar!

Las vergas de proa giraron con gran estrépito, entre gritos alegres. Y ahora las espantosas patillas se hicieron oír dando varias órdenes. El barco ya avanzaba. Y yo estaba solo con ella. ¡Nada! Nadie en el mundo se interpondría ahora entre nosotros, arrojando una sombra en el camino del conocimiento silencioso y el afecto mudo, la comunión perfecta de un marino con su primer mando.

Caminando hacia el coronamiento de popa, llegué a tiempo de distinguir, en el mismo borde de una oscuridad proyectada por una imponente masa negra como la mismísima puerta del Érebo —sí, llegué a tiempo de captar un vistazo evanescente de mi sombrero blanco dejado atrás para marcar el lugar donde el cómplice secreto de mi camarote y de mis pensamientos, como si fuera mi segundo yo, se había arrojado al agua para recibir su castigo: un hombre libre, un orgulloso nadador lanzándose hacia un nuevo destino.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB